



La punta y el iceberg.

Se vale opinar.

Martha Galindo.

Febrero 22, 2021.

DE SOBERBIA.

El Síndrome de Hubris fue acuñado por el neurólogo David Owen para describir a los mandatarios que creen estar llamados a realizar grandes obras; muestran tendencia a la grandiosidad y la omnipotencia y son incapaces de escuchar, mostrándose impermeables a las críticas. Se sabe que, en alguna medida, los políticos mienten o por lo menos deforman la verdad para un provecho específico. El problema aumenta cuando la perorata es constante y el contenido del mensaje está cada vez más alejado de la exactitud y peor aun cuando las palabras se emplean para mentir u ofender. La violencia en general inicia casi siempre de manera verbal. El tono que se utiliza al injuriar y el significado de lo que se expresa cuando nos domina la víscera, pueden llegar a convertirse en dardos venenosos capaces de prender mechas y hasta aniquilar. Y si a la inexactitud se suma el carisma del exponente de los datos, es prácticamente un hecho que sus seguidores creerán “a pie juntillas” lo escuchado, pues generalmente no es característico de tales receptores comprobar por otros medios la veracidad de los mensajes emitidos por el líder.

Desafortunadamente un día sí y otro también sin excepción, nuestro pueblo “bueno y sabio”: escucha, consume y NO realiza la “digestión racional” necesaria para metabolizar los mensajes presidenciales que cotidianamente y con maestría salen de aquel “cuyo pecho no es bodega”. Así, no hay forma de identificar lo valioso y expulsar el yerro, que compone la mayoría de los “otros datos”. Se dice que el origen de la mayoría de las fricciones entre las personas es “creer que nuestra verdad es infalible y está por encima de la verdad de cualquier persona”. Quién comulga con esa afirmación se empeña en sobajar a los que no coinciden con su punto de vista y busca incubar en la mente de sus incondicionales la idea de que esos “moros con tranchete” deben ser atacados. López Obrador es el amo de la provocación y la división. Se nota que no le interesa ser el presidente de los mexicanos, sino que sólo gobierna para quienes ofrecen obediencia y lealtad “a ciegas” como lo dijo en una ocasión.

Para él, la política tiene que ver con el juicio práctico, con hacer historia. Ha dicho que el cargo de presidente ha sido fácil, no obstante que los resultados de su gestión demuestran lo errado de muchas de sus decisiones. Yo pienso que su Síndrome de Hubris está ya tan avanzado, que no reconoce su desmesura, su ego excesivo, su propia soberbia que lo hace creer y actuar como dios. Su sensación de omnipotencia nos está perjudicando y dividiendo. Y su consigna de “*primeros los pobres*”, que fue la bandera política que muchos “le compraron” se está convirtiendo en la realidad de lograr un México más escaso y unos habitantes más pobres no sólo económicamente sino moral y afectivamente. Le propongo Sr. López que mejor: “primero gobierne para México y TODOS los mexicanos”.